



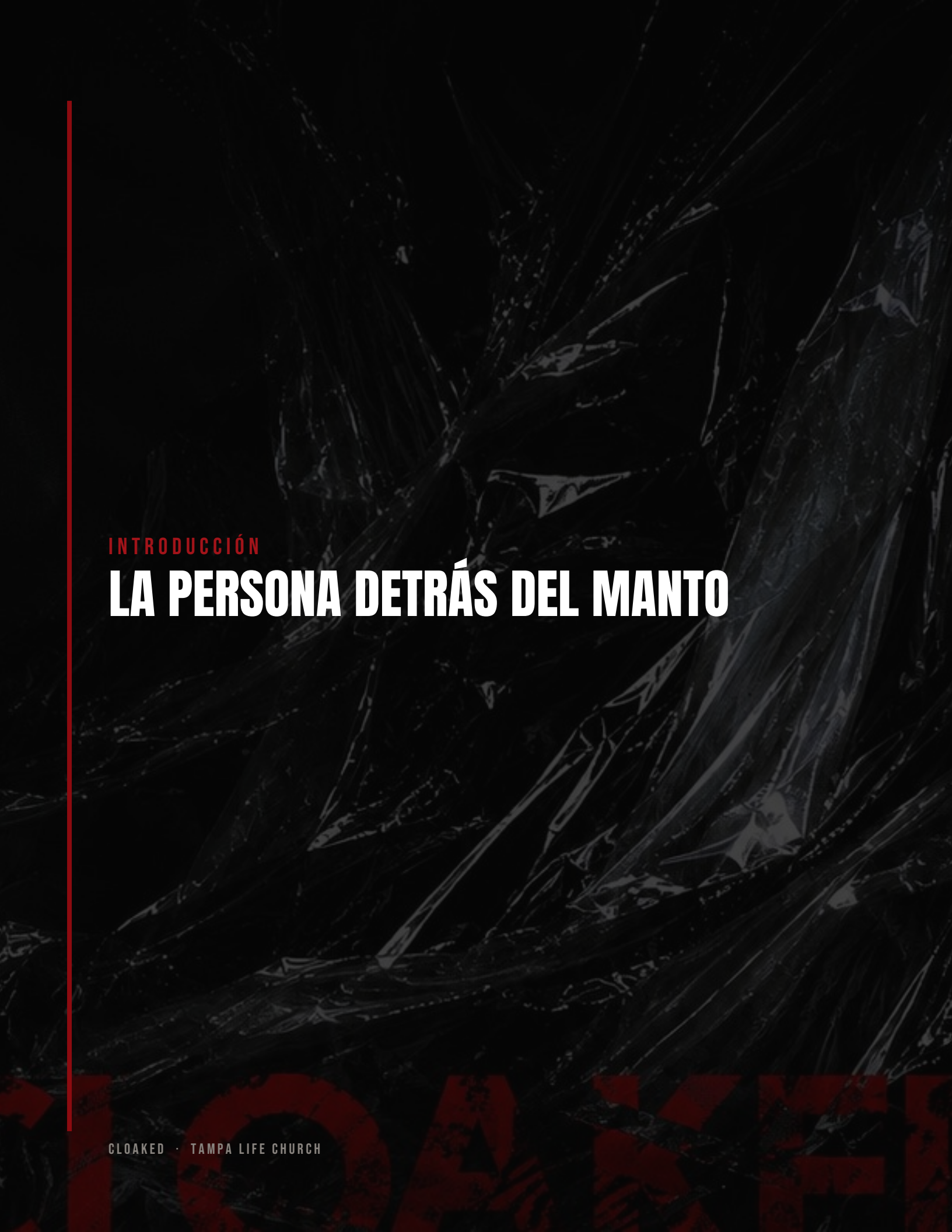
TAMPA LIFE CHURCH

CLOAKED

SERIE DE ESTUDIOS BÍBLICOS

PARTE 5

Parte 5: La Persona Detrás del Manto



INTRODUCCIÓN

LA PERSONA DETRÁS DEL MANTO

CLOAKED · TAMPA LIFE CHURCH

Una de las mayores tragedias de la naturaleza humana es que muchas veces llegamos a ser conocidos por lo que nos ha sucedido en lugar de por quiénes Dios nos creó para ser. Una persona lucha contra la adicción, y eventualmente todos la llaman adicta. Alguien pasa por un divorcio, un fracaso, una depresión o una traición, y en poco tiempo esa temporada se convierte en su identidad. La herida recibe más atención que la persona.

Este es exactamente el mundo en que vivía Bartimeo. Marcos no simplemente lo presenta como “Bartimeo.” Lo presenta como “el ciego Bartimeo.” Su condición se había convertido en parte de su nombre. La sociedad ya no veía al hombre; veía la discapacidad. Su ceguera se había convertido en su identidad.

Sin embargo, cuando Jesús llegó, sucedió algo extraordinario. Jesús nunca se dirigió a él por su condición. Simplemente llamó al hombre. Mientras la multitud se enfocaba en el manto, Jesús vio a la persona debajo de él.

Ese es el corazón de la misericordia. La misericordia se niega a permitir que la peor temporada de una persona se convierta en su identidad permanente. La misericordia ve más allá de los fracasos, más allá de las etiquetas, más allá de las heridas y más allá de las apariencias. Ve a las personas como Dios las ve.

Quizás el mayor milagro de esta historia no es simplemente que Bartimeo recibió la vista. El mayor milagro es que fue restaurado a quien siempre había sido debajo del manto.

Hoy descubriremos que la misericordia no es simplemente algo que Dios nos da. Es algo que Dios desea producir dentro de nosotros. Y cuando su misericordia cambia la manera en que vemos a otros, y aun a nosotros mismos, comenzamos a reflejar el mismo corazón de Cristo.

CLOAKED

PARTE

CUANDO TU CONDICIÓN SE CONVIERTE EN TU
IDENTIDAD

01

«Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó con sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando.»

MARCOS 10:46 (RVR60)

Marcos es intencional con cada palabra que escribe. En lugar de presentarnos simplemente a “Bartimeo,” lo llama “el ciego Bartimeo.” Ese detalle revela algo más profundo que una condición médica. Revela cómo la sociedad había llegado a definir al hombre. Su ceguera se había convertido en su presentación. Antes de que alguien conociera su corazón, su fe, su familia o sus sueños, conocían su limitación. Su condición se había convertido en su identidad.

Esta es una de las estrategias más antiguas de Satanás. No siempre puede destruir el destino de una persona, así que intenta redefinir su identidad. Si puede convencer a alguien de que no es más que su fracaso, su adicción, su temor o su pasado, puede impedir que crea que Dios todavía tiene un propósito para su futuro. Mucho antes de atrapar las acciones de alguien, busca aprisionar su identidad.

Lamentablemente, esto todavía sucede hoy. Las personas muchas veces llegan a ser conocidas por el capítulo más oscuro de su vida. Un error se convierte en el lente a través del cual todos las ven. Escuchamos frases como: “Él es el alcohólico,” “Ella es la divorciada,” “Él es difícil,” “Ella está deprimida,” o “Ellos son rebeldes.” Aunque esas descripciones puedan reflejar luchas reales, nunca cuentan toda la historia. Describen una batalla, pero no definen a la persona.

El peligro no es solo que otros comiencen a hablar estas etiquetas sobre nosotros. Eventualmente, comenzamos a hablarlas sobre nosotros mismos. Al principio decimos: “Lucho con la ira.” Después de suficiente tiempo comenzamos a decir: “Simplemente soy una persona enojada.” La lucha silenciosamente se convierte en nuestra identidad. Lo que comenzó como una temporada se convierte en una autodescripción permanente.

La Biblia enseña consistentemente que Dios se niega a definir a las personas por las etiquetas que el mundo les da. A lo largo de la Escritura, Él llama a las personas conforme a su propósito en lugar de su condición presente. Cuando Dios miró a Gedeón, no vio a un agricultor temeroso escondiéndose detrás de un lagar. Declaró: “Jehová está contigo, varón esforzado y valiente” (Jueces 6:12, RVR60). Gedeón ciertamente no se sentía valiente, pero Dios habló al hombre que Gedeón llegaría a ser, en lugar del temor que estaba experimentando en ese momento.

El mismo principio aparece a lo largo del ministerio de Jesús. Simón era inestable, impulsivo e inconsistente, pero Jesús lo renombró Pedro, que significa “piedra.” Cristo habló identidad antes de que Pedro llegara a vivirla. El Señor no estaba negando las debilidades de Pedro; simplemente se negó a dejar que esas debilidades tuvieran la última palabra.

Esto revela un principio espiritual importante: Dios siempre habla al destino antes de que todos los demás lo vean. La fe mira más allá de la condición presente y abraza el futuro que Dios tiene para la vida de una persona.

Pablo más adelante explica esta nueva identidad en Cristo:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

2 CORINTIOS 5:17 (RVR60)

Note que Pablo no dice que algunas cosas se hacen nuevas. Declara que toda nuestra identidad es transformada a través de Cristo. Nuestro pasado ya no posee la autoridad para definirnos. Aunque podamos recordar de dónde venimos, ya no vivimos bajo la autoridad de esas antiguas etiquetas.

Isaías recuerda al pueblo de Dios esta misma verdad:

“No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú.”

ISAÍAS 43:1 (RVR60)

Qué palabras tan hermosas. Dios dice: “te puse nombre.” El cielo no nos presenta por nuestros fracasos. El cielo conoce nuestros nombres. El Señor no ve simplemente lo que el pecado intentó hacer de nosotros; ve lo que su gracia todavía está creando dentro de nosotros.

Quizás por eso la historia de Bartimeo es tan poderosa. Antes de que el milagro sucediera, Jesús se negó a dirigirse a él por su ceguera. La multitud pudo haberlo llamado “el ciego Bartimeo,” pero Jesús simplemente llamó al hombre. La misericordia siempre alcanza debajo del manto y le habla a la persona escondida debajo.

Como creyentes, debemos aprender a ver a las personas a través de ese mismo lente. La iglesia nunca debería convertirse en un lugar donde las personas son identificadas permanentemente por su peor decisión. En cambio, debería ser el lugar donde se les recuerda que la gracia de Dios es mayor que su pasado. Estamos llamados a reconocer la imagen de Dios debajo de cada herida, cada fracaso y cada etiqueta.

Esta verdad también aplica personalmente. Muchos cristianos siguen usando mantos que Jesús ya ha removido. Todavía se presentan por fracasos que Dios ha perdonado. Continúan viviendo bajo nombres que el cielo ya no usa. El enemigo constantemente nos recuerda lo que fuimos, mientras el Señor continuamente nos llama hacia lo que estamos llegando a ser.

Nunca olvides este principio:

El enemigo te llama por tu fracaso. Jesús te llama por tu futuro.

Hasta que creamos lo que Dios dice de nosotros, seguiremos viviendo debajo de mantos que Cristo nunca tuvo la intención de que usáramos. El milagro de Bartimeo comenzó mucho antes de que recibiera la vista. Comenzó en el momento en que Jesús miró más allá del manto y reconoció al hombre debajo de él. Y así es exactamente como la misericordia de Dios todavía obra hoy.

PARTE

LA MISERICORDIA VE EL NOMBRE ANTES DE LA CONDICIÓN

02

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.”

MATEO 5:7 (RVR60)

Una de las verdades más profundas de este mensaje es que la misericordia comienza cuando recordamos que hay un nombre debajo de la condición. Ese simple pensamiento captura el corazón mismo del Evangelio. La misericordia es mucho más que sentir simpatía por alguien que está sufriendo. Es elegir mirar más allá de lo que es inmediatamente visible y reconocer la imagen de Dios que todavía existe debajo de cada herida, cada fracaso y cada temporada quebrantada de la vida. Cuando Jesús caminaba por Jericó, la multitud vio a un mendigo ciego sentado junto al camino. Vieron a un hombre definido por su discapacidad y limitado por sus circunstancias. Jesús, sin embargo, vio algo completamente diferente. Vio a un hombre cuya fe estaba alcanzando más allá de su condición, un hombre cuya vida estaba a punto de ser transformada, y un discípulo escondido debajo del manto de un mendigo. La multitud notó la ceguera; Jesús notó un alma.

Esta diferencia entre la perspectiva del hombre y la perspectiva de Dios se encuentra a lo largo de la Escritura. Los seres humanos naturalmente evalúan a las personas por lo que pueden ver. Notamos la apariencia, el comportamiento, la personalidad y la reputación, muchas veces formando conclusiones mucho antes de conocer la historia de alguien. Dios, sin embargo, siempre ha mirado mucho más profundo. Cuando Samuel fue a ungir al próximo rey de Israel, quedó impresionado por la apariencia y la estatura de los hermanos mayores de David. Sin embargo, el Señor interrumpió su pensamiento con un principio eterno:

“...porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.”

1 SAMUEL 16:7 (RVR60)

Nada ha cambiado. Todavía estamos tentados a juzgar a las personas por lo que es visible, mientras Dios continúa obrando de adentro hacia afuera. La misericordia, por lo tanto, requiere que nos detengamos antes de sacar conclusiones. Se niega a escribir toda la historia de alguien después de presenciar solo un capítulo doloroso. Entiende que la lucha actual de una persona puede explicar dónde está, pero no determina en quién puede convertirse por la gracia de Dios.

El Pastor Tisdale señala que las luchas de largo plazo muchas veces se convierten en etiquetas permanentes a los ojos de los demás. Las personas son presentadas por sus debilidades en lugar de por sus nombres. Alguien se convierte en “el adicto,” “la persona enojada,” “el deprimido,” o “el que retrocedió.” Aunque esas descripciones puedan reflejar batallas reales, nunca cuentan toda la historia. La misericordia nunca niega la realidad, pero tampoco reduce toda la identidad de una persona a esa realidad. Reconoce que siempre hay más debajo de la superficie de lo que el ojo puede ver.

Jesús demostró esto repetidamente a lo largo de su ministerio. Cuando llamó a Mateo, todos los demás vieron a un cobrador de impuestos deshonesto que se había enriquecido a expensas de su propio pueblo. Jesús vio a un futuro apóstol. Cuando se detuvo debajo del árbol sicómoro y llamó a Zaqueo por nombre, la multitud vio a un hombre corrupto que merecía rechazo, pero Jesús declaró que la salvación había llegado a su casa y recordó a todos que él también era “hijo de Abraham” (Lucas 19:9, RVR60). El Señor no ignoró el pecado de Zaqueo; simplemente se negó a dejar que el pecado se convirtiera en la identidad permanente del hombre. La misericordia siempre le habla a la persona que Dios tiene la intención de que alguien llegue a ser, en lugar de los fracasos que actualmente lo rodean.

Quizás uno de los ejemplos más claros se encuentra en la conversación de Jesús con la mujer samaritana. Los discípulos la habrían visto como una mujer con una reputación vergonzosa y un pasado complicado. La sociedad ya había escrito su historia. Jesús, sin embargo, vio un alma sedienta anhelando agua viva. Antes de que terminara el día, la mujer que había sido rechazada por su comunidad se convirtió en la que invitó a toda una ciudad a venir y conocer al Mesías. La misericordia vio a una evangelista donde todos los demás vieron a una fracasada.

Esta verdad debería afectar profundamente la manera en que ministramos dentro de la iglesia. Con demasiada frecuencia estamos tentados a sacar conclusiones apresuradas sobre las personas basándonos en el comportamiento externo. Cuando alguien se distancia, asumimos que ya no le importa. Cuando alguien reacciona emocionalmente, cuestionamos su madurez. Cuando alguien lucha repetidamente, comenzamos a creer que simplemente no quiere cambiar. El Pastor Tisdale nos recuerda que cuando la misericordia desaparece, dejamos de ver personas y comenzamos a ver problemas. Los líderes comienzan a notar patrones en lugar de potencial, y los creyentes comienzan a reconocer fracasos más rápido que evidencia de la gracia de Dios.

Jesús nunca ministró de esa manera. Confrontó el pecado con honestidad, pero nunca confundió el comportamiento de una persona con su identidad. Cuando la mujer sorprendida en adulterio se presentó ante Él, ni excusó su pecado ni la condenó a permanecer en él. En cambio, declaró con amor: “Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:11, RVR60). La verdad y la misericordia caminaron de la mano. La santidad fue preservada, el arrepentimiento fue requerido, y sin embargo la gracia abrió la puerta para la transformación.

Juan resume hermosamente el ministerio de Cristo diciendo que estaba “lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14, RVR60). Esas dos cualidades nunca estuvieron en competencia entre sí. La verdad sin misericordia se vuelve dura y muchas veces aleja más a las personas heridas de Dios. La misericordia sin verdad deja a las personas cómodas en la misma esclavitud de la que Cristo vino a liberarlas. Jesús equilibró perfectamente ambas cosas. Amó a las personas lo suficiente como para decirles la verdad, y las amó demasiado como para dejarlas donde estaban.

Como seguidores de Cristo, estamos llamados a cultivar esa misma perspectiva. Cada uno de nosotros llegó a Dios usando un manto de algún tipo. Algunos usaban el manto del orgullo, otros el manto del temor, la adicción, la vergüenza, la amargura o el fracaso. Sin embargo, Jesús miró debajo de cada una de esas vestiduras y nos llamó por nombre. Vio lo que su gracia podía lograr mucho antes de que alguien

más lo viera. Si verdaderamente hemos experimentado ese tipo de misericordia nosotros mismos, deberíamos ser los primeros en extenderla a otros.

Quizás la pregunta que deberíamos hacernos ya no es: “¿Qué está mal con esta persona?” En cambio, deberíamos comenzar a preguntar: “¿Qué ve Dios en ella que yo todavía no he aprendido a ver?” Esa sola pregunta cambia la manera en que lideramos, la manera en que somos padres, la manera en que servimos y la manera en que amamos. La misericordia comienza en el momento en que elegimos ver a las personas a través de los ojos de Cristo en lugar de a través de las etiquetas que el mundo les ha puesto.

PARTE

**LA VERDAD SIN MISERICORDIA HIERE, LA MISERICORDIA SIN
VERDAD DEJA A LAS PERSONAS ATADAS**

03

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad.”

JUAN 1:14 (RVR60)

Una de las mayores tensiones que todo creyente debe aprender a navegar es la relación entre la verdad y la misericordia. A lo largo de la historia de la iglesia ha habido quienes enfatizaron la verdad con tanta fuerza que la misericordia casi desapareció, mientras que otros enfatizaron tanto la misericordia que la verdad se volvió secundaria. Jesús no abrazó ninguno de los dos extremos. La Biblia dice que Él vino “lleno de gracia y de verdad.” Note que la Escritura no presenta estas cualidades como virtudes que compiten, sino como características complementarias de la naturaleza de Cristo. Dondequiera que Jesús iba, la verdad y la misericordia caminaban juntas.

El Pastor Tisdale hace una observación profunda en esta lección: la verdad sin misericordia se convierte en un cuchillo en la mano equivocada, mientras que la misericordia sin verdad se convierte en permiso para permanecer atado. Esa declaración resume perfectamente el ministerio de Jesús. La verdad tiene el poder de exponer lo que está mal, pero la misericordia determina cómo se entrega esa verdad. Sin misericordia, la verdad puede volverse dura, fría y destructiva. Puede exponer el problema, pero no restaurar a la persona. Por otro lado, la misericordia sin verdad puede hacer que las personas se sientan aceptadas mientras permanecen aprisionadas por los mismos pecados de los que Cristo vino a librarlas.

Este equilibrio puede verse a lo largo del ministerio de Cristo. Jesús nunca ignoró el pecado, pero tampoco permitió jamás que el pecado se convirtiera en la identidad permanente de una persona. Consideremos a la mujer sorprendida en adulterio. Los líderes religiosos querían justicia sin misericordia. La arrastraron a la plaza pública, expusieron su vergüenza y exigieron un juicio inmediato. Su preocupación no era la restauración, sino la condenación. Jesús respondió de manera muy diferente. Después de confrontar la hipocresía de sus acusadores, miró a la mujer y declaró:

“Ni yo te condeno; vete, y no peques más.”

JUAN 8:11 (RVR60)

Note el equilibrio perfecto. Jesús no dijo “Ni yo te condeno” y se detuvo ahí. De haberlo hecho, habría ignorado la seriedad de su pecado. Tampoco dijo simplemente “vete, y no peques más” sin antes extender misericordia. En cambio, ofreció perdón antes de llamar a la transformación. La gracia abrió la puerta, y la verdad le mostró el camino hacia adelante.

Ese patrón debería dar forma a cada área del ministerio cristiano. Nuestra responsabilidad nunca es simplemente señalar lo que está mal. Hasta los fariseos podían hacer eso. El ministerio de Cristo va más allá. Busca la restauración. Habla la verdad con la esperanza de sanar, no con el deseo de humillar. El propósito de la corrección bíblica no es ganar un argumento; es restaurar a un hermano o hermana a la comunión con Dios.

El apóstol Pablo refleja este mismo principio al escribir a la iglesia en Éfeso. Instruye a los creyentes a hablar “la verdad en amor” (Efesios 4:15, RVR60). La verdad y el amor no pueden separarse sin dañar a ambos. El amor sin verdad pierde su poder para transformar, mientras que la verdad sin amor pierde su poder para sanar. El diseño de Dios es que cada conversación difícil esté gobernada tanto por convicción como por compasión.

Este equilibrio se vuelve especialmente importante dentro de la iglesia. A veces los creyentes se apasionan tanto por la santidad que comienzan a medir la madurez espiritual por qué tan rápido pueden identificar los fracasos de alguien más. El discernimiento es necesario, pero el discernimiento sin compasión puede convertirse silenciosamente en juicio. El Pastor Tisdale nos recuerda que cuando la misericordia desaparece, comenzamos a ver problemas en lugar de personas. Notamos el comportamiento antes de reconocer el quebranto. Nos volvemos expertos en identificar debilidades mientras olvidamos que cada creyente todavía está en proceso.

Jesús nunca ministró de esa manera. Cada vez que confrontaba el pecado, las personas se iban con esperanza en lugar de desesperación. Sus palabras traspasaban la conciencia, y sin embargo también levantaban el corazón. El joven rico se fue triste, no porque Jesús fuera duro, sino porque la verdad expuso con amor el ídolo que se negó a entregar. Pedro lloró amargamente después de negar a Cristo, y sin embargo Jesús después lo restauró en lugar de reemplazarlo. Tomás dudó, pero Jesús lo invitó a tocar las cicatrices en lugar de rechazarlo por su incredulidad. En cada caso, la verdad reveló la necesidad mientras la misericordia preservaba la relación.

Esta es una lección importante para todo líder cristiano, padre, cónyuge y amigo. Nuestra meta nunca es simplemente tener la razón. Estamos llamados a ayudar a las personas a estar bien con Dios. Hay una diferencia significativa. Una persona puede ganar un argumento y aun así perder un alma. Jesús nunca sacrificó la verdad, pero tampoco usó la verdad como un arma para herir innecesariamente a las personas. Sus palabras siempre llevaban la esperanza de la redención.

Quizás una de las mayores evidencias de madurez espiritual es aprender a decirle la verdad a alguien con lágrimas en lugar de triunfo. El apóstol Pablo describió su propio ministerio de esta manera cuando les recordó a los ancianos de Éfeso que había advertido a las personas “con lágrimas” (Hechos 20:31). Su corrección fluía del amor, no de la frustración. Se afligía por la posibilidad de que las personas se perdieran, porque la misericordia llenaba su corazón aun mientras la verdad llenaba su boca.

Como discípulos de Cristo, deberíamos examinar continuamente nuestros propios corazones. ¿Experimentan las personas esperanza después de que les hablamos, o solo condenación? ¿Nuestras palabras invitan al arrepentimiento, o simplemente exponen el fracaso? ¿Pueden otros sentir que genuinamente deseamos su restauración, aun cuando deban hablarse verdades difíciles? Estas preguntas revelan si estamos ministrando en el espíritu de Cristo o simplemente expresando nuestras propias opiniones.

La cruz misma es la imagen más grande de este equilibrio divino. En el Calvario, la verdad de Dios declaró que el pecado exigía un precio. Su santidad no podía ignorar la rebelión. Sin embargo, la

misericordia de Dios se negó a abandonar a la humanidad. La justicia y la misericordia se encontraron en la cruz. La verdad fue plenamente satisfecha, y la gracia fue ofrecida libremente. Por causa de la cruz, nunca tenemos que elegir entre la verdad y la misericordia: ya han sido perfectamente unidas en Jesucristo.

Cuando la iglesia aprende a vivir en ese mismo equilibrio, se convierte en un lugar donde los pecadores son convencidos sin ser aplastados, donde la santidad es predicada sin volverse dureza, y donde las personas quebrantadas descubren que el mismo Dios que amorosamente expone sus heridas también posee el poder para sanarlas. Ese es el ministerio de Jesús, y debe convertirse en el ministerio de su Iglesia.

PARTE

LA MISERICORDIA HACE MEJORES PREGUNTAS

04

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.”

GÁLATAS 6:1 (RVR60)

Una de las evidencias más claras de la madurez espiritual no es qué tan rápido podemos identificar la falta de alguien, sino cuán cuidadosamente buscamos entender a la persona detrás de ella. El Pastor Tisdale hace una observación poderosa que desafía a todo creyente: la misericordia hace mejores preguntas. El juicio generalmente se conforma con las apariencias. La misericordia, sin embargo, nunca se contenta con lo que es meramente visible. Entiende que el comportamiento muchas veces es el fruto de algo mucho más profundo. Antes de llegar a una conclusión, la misericordia se detiene lo suficiente para preguntar qué pudo haber sucedido debajo de la superficie.

La naturaleza humana tiene una tendencia a escribir biografías enteras basadas en momentos aislados. Vemos a alguien volverse callado, y asumimos que es arrogante. Alguien llega tarde, y concluimos que es irresponsable. Una persona reacciona emocionalmente, y rápidamente la etiquetamos de inestable. Otra se pone a la defensiva, y decidimos que tiene un espíritu rebelde. Sin darnos cuenta, transformamos un momento en un juicio permanente sobre el carácter de alguien. Sin embargo, hemos olvidado una verdad importante: muchas veces conocemos el comportamiento, pero no conocemos la carga. Vemos la reacción, pero no tenemos conocimiento de la batalla que la produjo.

Este nunca fue el enfoque de Jesús. A lo largo de los Evangelios, Cristo continuamente miró más allá del comportamiento hasta encontrar la necesidad más profunda. Cuando otros veían a un cobrador de impuestos, Él veía a un hombre solitario buscando propósito. Cuando otros veían a una mujer lavando sus pies con lágrimas, veían solamente su reputación pecaminosa, pero Jesús reconoció un corazón que había sido profundamente perdonado. Mientras otros condenaban la negación de Pedro, Jesús entendía el temor, la confusión y la decepción aplastante que llenaban su corazón. El Señor consistentemente miró más allá de las acciones hasta alcanzar la condición del alma.

Quizás por eso Proverbios nos da un consejo tan sabio:

“Al que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y confusión.”

PROVERBIOS 18:13 (RVR60)

Aunque este proverbio habla de escuchar antes de responder, el principio alcanza mucho más. Espiritualmente, nunca deberíamos llegar a conclusiones antes de escuchar la historia de alguien. Rara vez poseemos suficiente información para juzgar los motivos de otra persona. Podemos presenciar sus acciones, pero solo Dios entiende completamente el corazón.

El Pastor Tisdale plantea varias preguntas que ilustran hermosamente la perspectiva de la misericordia. En lugar de criticar inmediatamente el comportamiento de alguien, la misericordia pregunta: “¿Qué herida

le enseñó a responder de esta manera? ¿Qué temor está impulsando esa ira? ¿Qué vergüenza está escondida debajo de su distancia? ¿Qué dolor está produciendo su silencio? ¿Qué batalla de largo plazo ha moldeado la manera en que se ve a sí mismo?” Estas no son preguntas que excusan el pecado; son preguntas que buscan entendimiento antes de ofrecer corrección.

Este principio es profundamente bíblico. A lo largo de la Escritura, Dios continuamente se dirigió al corazón antes de dirigirse al comportamiento. El adulterio de David fue un pecado terrible, pero el Señor finalmente expuso algo mucho más profundo: un corazón que necesitaba arrepentimiento. El desánimo de Elías después del monte Carmelo no era simplemente debilidad; era agotamiento, soledad y temor. La frustración de Marta no era meramente acerca de servir; revelaba un corazón ansioso y turbado. Una y otra vez, Dios demostró que la transformación duradera ocurre solo cuando se atiende la raíz en lugar de simplemente podar las ramas.

Como creyentes, debemos guardarnos de asignar motivos donde solo hemos presenciado momentos. Solo Dios sabe por qué alguien respondió de la manera en que lo hizo. Podemos saber lo que sucedió, pero rara vez sabemos todo lo que condujo a ese momento. Quizás alguien está cargando años de rechazo. Quizás está luchando silenciosamente contra la ansiedad. Quizás ha experimentado una traición que ha hecho que confiar en otros sea increíblemente difícil. Ninguna de esas realidades justifica el comportamiento pecaminoso, pero muchas veces nos ayudan a entender por qué la sanidad debe acompañar a la corrección.

Santiago le da a la iglesia una sabiduría práctica que refleja el espíritu de la misericordia:

“Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse.”

SANTIAGO 1:19 (RVR60)

Esos tres mandatos están notablemente conectados. Las personas que escuchan bien generalmente juzgan menos rápido. Los que están ansiosos por escuchar son más lentos para criticar porque reconocen cuánto todavía no saben. La misericordia escucha antes de etiquetar. Busca entendimiento antes de ofrecer opiniones. Elige la compasión por encima de las suposiciones.

Este principio transforma cada relación. En el matrimonio, la misericordia pregunta: “¿Qué está cargando mi cónyuge que no he notado?” Como padres, la misericordia se pregunta: “¿Está la actitud de mi hijo revelando una lucha más profunda?” En el ministerio, la misericordia pregunta: “¿Es esta resistencia en realidad dolor?” Aun dentro de las amistades, la misericordia elige creer lo mejor mientras permanece firme en la verdad.

El apóstol Pablo refleja este espíritu perfectamente en Gálatas 6:1. No les ordena a los creyentes espirituales exponerse unos a otros. Les ordena restaurarse unos a otros. La restauración siempre requiere paciencia porque la sanidad rara vez sucede instantáneamente. Los huesos rotos deben ser cuidadosamente acomodados antes de poder fortalecerse de nuevo, y los corazones heridos requieren la

misma atención cuidadosa. Una mano dura puede empeorar la herida, mientras que la sabiduría gentil crea un ambiente donde la sanidad puede comenzar.

En última instancia, la misericordia nos recuerda que cada persona que conocemos está peleando una batalla que no podemos ver completamente. Algunas batallas son visibles, mientras que otras permanecen escondidas debajo de mantos cuidadosamente usados. Nuestra responsabilidad no es especular sobre los motivos, sino amar a las personas lo suficiente como para señalarlas hacia Cristo. No podemos sanar cada herida, pero podemos negarnos a convertirnos en otra fuente de dolor. Cuando comenzamos a hacer mejores preguntas en lugar de sacar conclusiones apresuradas, creamos espacio para que el Espíritu Santo obre de maneras que el juicio nunca podría.

Quizás antes de hablar acerca de la lucha de otra persona, primero deberíamos hacernos una pregunta simple: “Si Jesús estuviera parado aquí, ¿qué vería Él que yo he pasado por alto?” Esa pregunta tiene el poder de transformar no solo la manera en que vemos a otros, sino también la manera en que representamos a Cristo ante un mundo herido.



PARTE

EL MINISTERIO DE LA RESTAURACIÓN

05

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.”

GÁLATAS 6:1-2 (RVR60)

Una de las declaraciones más desafiantes de este mensaje viene de Gálatas 6. Pablo no se dirige específicamente a pastores, ancianos o líderes de ministerio. En cambio, se dirige a “hermanos.” Todo creyente que desea ser espiritualmente maduro está incluido en esta instrucción. El ministerio de la restauración no está reservado para unos pocos selectos; es parte del llamado de todo seguidor de Jesucristo. Si afirmamos ser espirituales, entonces también estamos llamados a convertirnos en restauradores.

El Pastor Tisdale señala algo que es fácil pasar por alto. Pablo no dice: “Si alguien es sorprendido en una falta, expónganlo.” No dice: “Coméntenlo.” Ni siquiera dice: “Evítenlo.” Su mandato es notablemente simple: restáurenlo. Esa sola palabra lo cambia todo. El propósito de Dios nunca ha sido simplemente revelar el quebranto; su propósito siempre ha sido sanarlo. La meta de la madurez espiritual no es volverse mejor identificando faltas, sino volverse más efectivo trayendo a las personas de vuelta a Cristo.

La palabra restaurar es significativa. En el griego original, lleva la idea de poner algo de vuelta en su lugar apropiado. Se usaba para remendar redes de pesca, reparar equipo dañado, e incluso describir el cuidadoso acomodo de un hueso roto. Ninguna de esas tareas se hace con descuido o violencia. Un pescador no rompe su red porque tiene un agujero; pacientemente la repara. Un médico no vuelve a quebrar un brazo fracturado; gentilmente lo acomoda para que la sanidad pueda comenzar. Igualmente, la restauración espiritual requiere paciencia, sabiduría, humildad y amor. Las personas heridas no son proyectos que completar; son vidas que Dios desea sanar.

Por eso Pablo añade otra frase importante: “con espíritu de mansedumbre.” La mansedumbre no es debilidad. Es fortaleza bajo control. Es humildad que recuerda su propia dependencia de la gracia de Dios. Un creyente manso nunca restaura a alguien desde una posición de superioridad. Nunca dice: “Estoy aquí porque yo nunca cometería los errores que tú cometiste.” En cambio, reconoce que, aparte de la misericordia de Dios, fácilmente podría encontrarse en ese mismo lugar.

Pablo refuerza inmediatamente esta actitud cuando escribe: “considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.” Antes de acercarnos al fracaso de otra persona, se nos instruye a examinar nuestros propios corazones. Ese mandato nos protege del orgullo. Nos recuerda que todo creyente es capaz de caer si deja de depender del Señor. La madurez espiritual no elimina la posibilidad del fracaso; produce mayor humildad porque entendemos cuán desesperadamente todavía necesitamos la gracia de Dios.

Este principio resuena a lo largo de la Escritura. El apóstol Pedro, quien una vez declaró con confianza que nunca negaría a Cristo, aprendió a través de una experiencia dolorosa cuán rápidamente puede colapsar la autoconfianza. Solo horas después de hacer esa audaz declaración, negó al Señor tres veces.

Sin embargo, Jesús no descartó a Pedro por su fracaso. Después de la resurrección, Cristo intencionalmente lo restauró. Tres veces Jesús le preguntó a Pedro: “¿Me amas?” y tres veces lo confió una vez más con la responsabilidad de apacentar sus ovejas (Juan 21:15-17). El mismo discípulo que había fallado públicamente fue restaurado públicamente porque la misericordia se negó a dejar que el fracaso tuviera la última palabra.

Esta restauración es una de las imágenes más hermosas del Evangelio. Jesús no fingió que Pedro nunca había pecado. Tampoco le recordó continuamente su mayor fracaso. En cambio, confrontó el asunto, restauró la relación y lo comisionó de nuevo para el ministerio. Así es como se ve la restauración bíblica. Reconoce la herida, pero también cree que la sanidad es posible.

El Pastor Tisdale ofrece un desafío práctico que toda iglesia debería recordar: restauren a las personas, no las reporten. Esas palabras exponen uno de los peligros sutiles dentro de las comunidades cristianas. Muchas veces es más fácil comentar el fracaso de alguien que caminar a su lado a través del difícil proceso de la restauración. Las conversaciones sobre las debilidades de las personas requieren muy poco sacrificio. La restauración, sin embargo, requiere tiempo, paciencia, oración y amor genuino. Requiere que carguemos cargas que no nos pertenecen simplemente porque Cristo cargó las nuestras.

Esto es exactamente lo que Pablo quiere decir en el siguiente versículo:

“Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.”

GÁLATAS 6:2 (RVR60)

Note que Pablo no les dice a los creyentes simplemente que noten las cargas de los demás. Les ordena que las lleven. Cargar la carga de otra persona significa entrar en su lucha con compasión en lugar de quedarse a distancia con crítica. Significa orar cuando están demasiado cansados para orar, animarlos cuando se han desanimado, y recordarles las promesas de Dios cuando las han olvidado. La restauración nunca se logra a través de la condenación. Se logra por creyentes que están dispuestos a caminar con personas heridas hasta que la sanidad comience.

Esta es una de las razones por las que la iglesia primitiva era tan poderosa. No era simplemente una comunidad donde se predicaba la verdad; era una comunidad donde se vivía la gracia. Los creyentes confesaban sus faltas, oraban unos por otros, se animaban diariamente y llevaban las cargas los unos de los otros. Entendían que nadie crece espiritualmente en completo aislamiento. Dios diseñó su Iglesia para convertirse en un lugar donde las personas quebrantadas pudieran encontrar restauración en lugar de rechazo.

Quizás uno de los mayores obstáculos para la restauración es el orgullo. El orgullo susurra: “Yo nunca haría eso.” La misericordia responde silenciosamente: “De no ser por la gracia de Dios, tampoco yo estaría de pie hoy.” Mientras más caminamos con Cristo, más conscientes nos volvemos de cuánto todavía dependemos de su misericordia. Esa conciencia produce humildad, y la humildad produce compasión.

Cada uno de nosotros ha necesitado a alguien que se negara a definirnos por nuestro peor momento. Alguien oró por nosotros cuando tropezamos. Alguien nos animó cuando dudamos. Alguien creyó que Dios todavía tenía un propósito para nuestras vidas aun cuando nosotros luchábamos por creerlo. Estamos de pie hoy porque alguien eligió la restauración en lugar de la condenación.

Ahora la responsabilidad es nuestra.

La Iglesia nunca debería llegar a ser conocida simplemente por exponer el pecado. Debería llegar a ser conocida por restaurar a los pecadores a través del poder transformador de Jesucristo. La santidad y la restauración no son enemigas; son compañeras en la obra del Evangelio. La verdad de Dios revela lo que debe cambiar, mientras su misericordia provee la esperanza de que el cambio es posible. Cuando esas dos cosas trabajan juntas, las vidas son transformadas, las familias son restauradas, y las personas que una vez se sentaron junto al camino usando mantos de vergüenza comienzan a seguir a Jesús con gozo.

Ese es el ministerio que Cristo ha confiado a su Iglesia. No es simplemente el ministerio de la corrección. Es el ministerio de la restauración. Y cuando la Iglesia abraza ese llamado, comienza a reflejar el mismo corazón del Salvador que vino “a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10, RVR60).

PARTE

ARROJANDO EL MANTO

06 CLOAKED

“Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús.”

MARCOS 10:50 (RVR60)

Quizás el momento más pasado por alto en todo el relato de Bartimeo se encuentra en un solo versículo. Antes de que Jesús tocara sus ojos, antes de que el milagro sucediera visiblemente, y antes de que pudiera comprobar que algo había cambiado, Bartimeo arrojó su manto. A primera vista, esto puede parecer un detalle insignificante, pero Marcos lo registra intencionalmente porque revela lo que estaba sucediendo en el corazón del hombre. Su sanidad todavía no se había hecho visible, pero su fe ya había comenzado a cambiar la manera en que se veía a sí mismo. Mucho antes de que sus ojos fueran abiertos, ya había decidido que ya no viviría como el hombre que solía ser.

Históricamente, muchos eruditos creen que el manto de Bartimeo era más que una simple vestidura exterior. Probablemente lo identificaba como un mendigo oficialmente reconocido. Representaba su ocupación, su dependencia y su lugar en la sociedad. Cada día usaba ese manto porque le decía a todos quién era y por qué estaba sentado junto al camino pidiendo ayuda. Se había convertido tanto en su identidad como, en muchos sentidos, en su seguridad. Sin él, no tenía prueba visible de quién había sido.

Esto hace sus acciones aún más notables. Bartimeo arrojó lo mismo que lo había sostenido por años, antes de tener ninguna evidencia física de que su vida estaba a punto de cambiar. Su fe se movió antes de que sus circunstancias lo hicieran. Se negó a aferrarse a la vieja identidad mientras alcanzaba la nueva que Jesús le ofrecía.

Ahí es muchas veces donde comienza la verdadera transformación. Antes de que Dios cambie nuestras circunstancias, comienza cambiando nuestra identidad. Muchas personas le piden a Dios que transforme sus vidas mientras continúan aferrándose a las etiquetas, los hábitos y las mentalidades que pertenecen a su vida vieja. Quieren un futuro nuevo, pero no están dispuestas a soltar el manto viejo. Bartimeo nos enseña que la fe está dispuesta a soltar antes de poder ver completamente.

Este mismo principio aparece a lo largo de la Escritura. Cuando Abram se encontró con Dios, el Señor no simplemente le prometió un hijo. Primero le dio un nombre nuevo. Abram se convirtió en Abraham porque Dios quería que su identidad reflejara su futuro en lugar de su realidad presente. Igualmente, Jacob luchó con el Señor durante toda la noche, y cuando el encuentro terminó, se fue con un nombre nuevo: Israel. Antes de que Dios cambiara la dirección de su vida, cambió la manera en que Jacob se entendería a sí mismo.

El apóstol Pablo describe esta transformación de manera similar:

“Que os despojéis del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos... y que os vistáis del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.”

EFESIOS 4:22-24 (RVR60)

Pablo usa el lenguaje de la vestimenta. Les dice a los creyentes que se despojen del viejo hombre y se vistán del nuevo hombre. La vida cristiana no se trata simplemente de cambiar el comportamiento; se trata de abrazar una identidad completamente nueva en Cristo. Así como Bartimeo arrojó su manto, los creyentes están llamados a dejar a un lado las vestiduras viejas del pecado, la vergüenza, la amargura, el temor y la condenación que ya no les pertenecen.

Aquí es donde muchos cristianos luchan. Sinceramente creen que Dios los ha perdonado, y sin embargo continúan usando el manto de los fracasos de ayer. Aunque el cielo los ha declarado perdonados, todavía se definen a sí mismos por lo que una vez fueron. Continúan presentándose con etiquetas viejas que Cristo ya ha removido. Algunos todavía usan el manto de la culpa. Otros usan el manto del temor, el rechazo, la inseguridad, la adicción o el arrepentimiento. Aunque esas experiencias puedan haber formado parte de su historia, nunca fueron diseñadas para definir el resto de ella.

El Pastor Tisdale señala algo que merece una reflexión cuidadosa. A veces nos volvemos tan familiarizados con el manto que comenzamos a proteger la misma identidad que nos mantiene atados. Dejamos de esperar el cambio porque hemos vivido con la lucha por tanto tiempo. Silenciosamente concluimos: “Así soy yo, simplemente.” Sin embargo, ese es uno de los mayores engaños del enemigo. Satanás no puede impedir que la gracia de Dios nos alcance, así que trata de convencernos de que la transformación duradera es imposible. Quiere que los creyentes permanezcan sentados junto al camino usando vestiduras que Jesús ya los ha llamado a dejar atrás.

Lo notable de Bartimeo es que no esperó a poder ver claramente antes de actuar en fe. Respondió inmediatamente a la voz de Jesús. Su confianza no estaba en lo que sus ojos pudieran verificar, sino en quién lo había llamado. La fe siempre confía más en el carácter de Cristo que en la evidencia del momento.

Hebreos nos recuerda esta verdad:

“Puesta la mirada en Jesús, el autor y consumador de la fe... Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia tan fácilmente.”

HEBREOS 12:1-2 (RVR60)

Note que a los creyentes se les instruye a dejar a un lado cualquier cosa que les impida seguir a Cristo. Algunos pesos son hábitos pecaminosos, mientras que otros son identidades falsas que continúan moldeando la manera en que pensamos. Un creyente puede haber abandonado un comportamiento pecaminoso hace años y aun así seguir cargando el peso de la vergüenza. Otro puede haber recibido el perdón de Dios pero todavía luchar por perdonarse a sí mismo. Esos mantos se convierten en cargas innecesarias que nos impiden caminar libremente con el Señor.

Esta verdad tiene implicaciones profundas para la Iglesia. A veces las personas finalmente comienzan a cambiar, pero quienes las rodean continúan entregándoles el manto viejo. Les recuerdan quiénes solían ser en lugar de celebrar en quiénes se están convirtiendo. Continúan hablando etiquetas viejas sobre

vidas que Dios está transformando. Sin embargo, Jesús nunca llamó a Bartimeo “el ciego.” La multitud lo hizo. Cristo simplemente lo llamó a venir. La misericordia se niega a seguir vistiendo a las personas con vestiduras que Dios ya ha removido.

El mismo principio se aplica a nosotros personalmente. Eventualmente debemos tomar una decisión. ¿Continuaremos usando las vestiduras de nuestro pasado, o creemos lo que Cristo dice de nosotros? Todo creyente llega a un momento en el que debe dejar de estar de acuerdo con las acusaciones del enemigo y comenzar a estar de acuerdo con las promesas de Dios. El manto puede haber descrito el ayer, pero no tiene autoridad sobre el mañana.

Quizás por eso Bartimeo nunca regresó a recogerlo. Una vez que Jesús lo llamó a acercarse, no había razón para volver a la vestidura que había definido su vida vieja. Había encontrado algo infinitamente mayor que la seguridad que ese manto una vez le proveyó. Había encontrado al Salvador.

Esa misma invitación se extiende a todo creyente hoy. Jesús todavía está llamando a las personas a salir de debajo de las vestiduras de la vergüenza, el temor, el fracaso y la condenación. El milagro comienza en el momento en que creemos que su voz tiene mayor autoridad que las etiquetas que hemos cargado por años. Como Bartimeo, estamos invitados a dejar el manto atrás y seguir a Aquel que solo Él tiene el poder de hacer todas las cosas nuevas.

PARTE

RECIBIENDO MISERICORDIA PARA TI MISMO

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”

ROMANOS 8:1 (RVR60)

Mientras el Pastor Tisdale comienza a concluir este mensaje, lleva la lección en una dirección que muchos de nosotros nunca esperamos. A lo largo del sermón nos ha desafiado a ser más misericordiosos con los demás, pero ahora vuelve el espejo hacia nuestros propios corazones. Su pregunta es simple y profunda a la vez: ¿Qué tal si la persona a quien le has mostrado menos misericordia eres tú mismo?

Muchos creyentes han aprendido a perdonar a otros, animar a otros, e incluso creer las promesas de Dios para otros. Sin embargo, cuando se miran en el espejo, continúan viéndose a través del manto de su pasado. Creen que Dios puede restaurar matrimonios, pero no el suyo. Creen que Dios puede sanar corazones rotos, pero de alguna manera sus propias heridas están más allá de toda reparación. Se alegran cuando otros dan testimonio de la gracia de Dios, y sin embargo silenciosamente se preguntan si han agotado su paciencia con sus propios fracasos.

Esa es una de las mayores estrategias del enemigo. Si no puede impedir que alguien venga a Cristo, tratará de impedir que disfrute la libertad que Cristo ya ha provisto. Susurra acusaciones hasta que los creyentes comienzan a estar de acuerdo con ellas. Pueden ser perdonados por Dios, pero continúan viviendo como prisioneros de la vergüenza. Su pasado se vuelve más ruidoso que las promesas de Dios, y la condenación lentamente reemplaza la confianza.

Sin embargo, hay una distinción importante que todo cristiano debe entender. El Espíritu Santo convence; Satanás condena. La convicción es uno de los mayores regalos de Dios porque nos lleva hacia el arrepentimiento y la restauración. La condenación, sin embargo, nos empuja hacia la desesperanza y la desesperación. La convicción dice: “Esta parte de tu vida necesita cambiar.” La condenación dice: “Nunca cambiarás.” La convicción nos señala hacia la cruz; la condenación nos señala de vuelta a nuestros fracasos. La convicción produce arrepentimiento; la condenación produce parálisis.

Pablo hace esta distinción hermosamente en Romanos:

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús...”

ROMANOS 8:1 (RVR60)

Note que Pablo no dice que los creyentes nunca recordarán su pasado. Dice que ya no viven bajo condenación. La sentencia ya ha sido pagada. Cristo ya ha llevado nuestra culpa sobre la cruz. El enemigo puede seguir trayendo acusaciones, pero el cielo ya nos ha declarado perdonados.

Esta verdad es esencial porque muchos cristianos sinceros sin saberlo se colocan a sí mismos en un trono que le pertenece solo a Dios. Continuamente se juzgan a sí mismos por pecados que Cristo ya ha perdonado. Repasan conversaciones que desearían poder cambiar. Vuelven a decisiones que lamentan.

Cargan culpa por fracasos como padres, cónyuges, líderes o hijos de Dios. El Pastor Tisdale habla directamente a esas luchas escondidas, recordándonos que aunque podamos cargar responsabilidad por parte de nuestro dolor, la misericordia de Dios sigue siendo mayor que nuestros errores. Su gracia no se ha agotado simplemente porque estemos decepcionados de nosotros mismos.

Las Escrituras continuamente nos recuerdan que la misericordia de Dios no es un regalo ocasional; es parte de su carácter.

“Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad.”

LAMENTACIONES 3:22-23 (RVR60)

Qué promesa tan increíble. Jeremías escribió esas palabras rodeado de la devastación de Jerusalén. Humanamente hablando, todo parecía sin esperanza. Sin embargo, en medio de una pérdida abrumadora, recordó algo que las circunstancias no podían borrar: cada amanecer trae misericordia fresca de Dios. Los fracasos de ayer no cancelan la gracia de hoy. Cada mañana es otro recordatorio de que la fidelidad de Dios es mayor que nuestra debilidad.

David también entendió esto. Después de sus propios fracasos terribles, no solamente oró pidiendo perdón; aprendió a descansar en la misericordia de Dios. Por eso escribió:

“Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades... el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias.”

SALMOS 103:2-4 (RVR60)

Note el lenguaje de David. Dios no simplemente perdona; redime. No solo remueve la culpa; restaura el propósito. La misericordia nunca se satisface con dejarnos donde nos encontró.

Esto es precisamente lo que le sucedió a Bartimeo. Imagina si hubiera respondido a Jesús diciendo: “Señor, no puedo venir porque todavía estoy ciego.” Imagina si se hubiera negado a dejar su manto porque creía que siempre sería un mendigo. Habría permanecido junto al camino, no porque a Jesús le faltara poder, sino porque no podía creer que su identidad podía cambiar.

Muchos creyentes sin saberlo hacen lo mismo. Continúan usando vestiduras que Cristo ya los ha invitado a quitarse. Todavía se presentan por fracasos antiguos. Todavía se definen por heridas antiguas. Continúan diciendo: “Así soy yo, simplemente,” cuando el cielo está diciendo: “Eso era lo que solías ser.”

Recibir la misericordia de Dios requiere humildad porque nos obliga a dejar de confiar en nuestro propio juicio sobre nosotros mismos y comenzar a confiar en el suyo. Significa creer que el veredicto de Dios es mayor que nuestros sentimientos. Significa aceptar que si el Señor nos ha perdonado, ya no tenemos el derecho de seguir condenándonos.

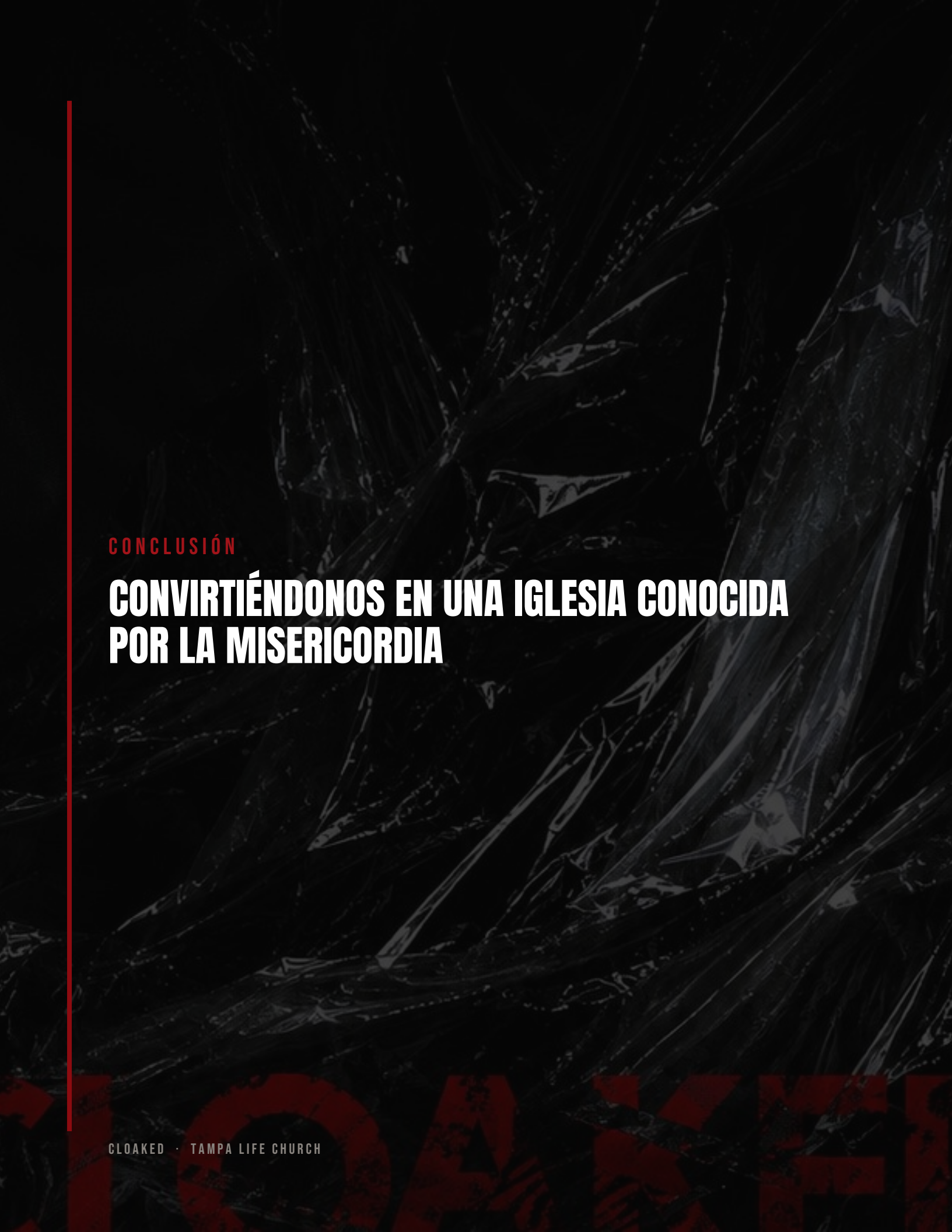
Esto no significa que ignoremos la responsabilidad por nuestras acciones. El arrepentimiento sigue siendo esencial. Las disculpas todavía deben ofrecerse cuando sea necesario. Las relaciones rotas deben perseguirse con humildad siempre que sea posible. Pero después de que el arrepentimiento se ha hecho y el perdón se ha recibido, debemos negarnos a seguir viviendo bajo una sentencia que Cristo ya ha removido.

Quizás por eso Bartimeo siguió a Jesús inmediatamente después de recibir la vista. No regresó al borde del camino para revivir su pasado. Caminó hacia su futuro. La misericordia no solo había abierto sus ojos; le había dado una vida completamente nueva.

Esa misma invitación se extiende a todo creyente hoy. El Señor nos está llamando a dejar de presentarnos por nuestros fracasos y comenzar a creer lo que Él dice de nosotros. No somos la suma de nuestras peores decisiones. No estamos definidos por nuestros arrepentimientos más profundos. No estamos permanentemente identificados por las temporadas que sobrevivimos.

Somos hijos e hijas de Dios, redimidos por su sangre, sostenidos por su gracia, y renovados cada mañana por su misericordia.

Cuando finalmente recibimos esa verdad para nosotros mismos, descubrimos que la misma misericordia que hemos estado extendiendo a otros es la misma misericordia que nuestros propios corazones han necesitado todo este tiempo.



CONCLUSIÓN

**CONVIRTIÉNDONOS EN UNA IGLESIA CONOCIDA
POR LA MISERICORDIA**

A lo largo de la serie Cloaked, hemos observado a Bartimeo moverse desde el borde del camino hasta la presencia de Jesús. Hemos estudiado su clamor, su fe, su persistencia, su discernimiento y, finalmente, su misericordia. Sin embargo, quizás el mayor milagro no fue simplemente que recibió la vista, sino que Jesús restauró al hombre que había estado escondido debajo del manto todo el tiempo.

Este es el latido del Evangelio. Jesús no vino simplemente a mejorar las vidas de las personas; vino a restaurar su identidad. El pecado había cubierto a la humanidad con vestiduras de vergüenza, culpa, temor y condenación. Desde el Jardín del Edén en adelante, la humanidad se ha estado escondiendo detrás de mantos. Adán se escondió detrás de los árboles. Moisés se escondió detrás de excusas. Gedeón se escondió detrás del temor. Pedro se escondió detrás del fracaso. Tomás se escondió detrás de la duda. Bartimeo se escondió debajo de una vestidura que anunciaba su ceguera. Sin embargo, cada vez que Jesús encontraba a alguien escondido debajo de un manto, le hablaba a la persona en lugar de a la etiqueta.

Lo mismo es cierto hoy. Toda iglesia está llena de personas que usan mantos invisibles. Algunos usan el manto de la decepción porque la vida no se desarrolló como esperaban. Otros usan el manto del arrepentimiento, cargando errores que desearían poder borrar. Algunos silenciosamente usan el manto de la ansiedad, sonriendo por fuera mientras luchan contra el temor por dentro. Otros cargan rechazo, soledad, adicción, dolor, amargura o vergüenza. Las vestiduras pueden ser diferentes, pero la necesidad siempre es la misma. Toda persona anhela que alguien vea más allá del manto y reconozca el valor que Dios ha puesto dentro de ella.

Por eso la Iglesia debe llegar a ser más que un lugar donde se predica la verdad. Debe llegar a ser un lugar donde se experimenta la misericordia. Las personas deben salir de nuestros servicios sabiendo que la santidad sigue siendo el estándar de Dios, pero también sabiendo que la gracia todavía está disponible. Deben escuchar la verdad sin sentirse rechazadas. Deben experimentar convicción sin ahogarse en condenación. Deben descubrir que el mismo Salvador que expone lo que está roto también posee el poder para sanarlo.

El Pastor Tisdale nos recuerda que la misericordia es recíproca. Jesús dijo:

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.”

MATEO 5:7 (RVR60)

Esa promesa alcanza mucho más profundo que una recompensa futura. Revela un principio espiritual que afecta cada relación que tenemos. La medida de misericordia que extendemos a otros ayuda a formar el ambiente en el cual nosotros mismos algún día viviremos. Todo creyente eventualmente necesitará gracia. Toda familia experimentará momentos de debilidad. Todo miembro de la iglesia tendrá temporadas de lucha. Todo líder descubrirá áreas donde todavía depende desesperadamente de la misericordia de Dios. Si deseamos recibir misericordia cuando lleguen nuestros propios momentos difíciles, debemos convertirnos en personas que la extienden libremente hoy.

La misericordia, sin embargo, nunca debe confundirse con el compromiso. La misericordia bíblica no ignora el pecado, no excusa el abuso, ni abandona la santidad. La misericordia nunca le pide a la oscuridad que permanezca escondida. En cambio, crea un ambiente donde la verdad puede cumplir su propósito sin destruir a la persona. La misericordia protege la dignidad mientras la verdad produce transformación. Juntas logran lo que ninguna de las dos podría lograr sola.

Así es exactamente como ministró Jesús. Nunca bajó el estándar de Dios, pero siempre levantó a las personas quebrantadas. Nunca celebró el pecado, y sin embargo consistentemente les ofreció esperanza a los pecadores. Su vida demostró que la santidad y la compasión no son enemigas. En Cristo están perfectamente unidas.

Quizás la parte más desafiante de esta lección no es aprender a mostrar misericordia hacia otros, sino aprender a recibir la misericordia de Dios para nosotros mismos. Muchos creyentes continúan presentándose con nombres que el cielo ya no usa. Todavía se ven a sí mismos a través de fracasos que Cristo ya ha perdonado. Continúan usando vestiduras que Jesús ya los ha invitado a quitarse. Sin embargo, la voz del Pastor todavía nos llama hacia adelante, tal como llamó a Bartimeo.

***La multitud puede recordar tu pasado.
El enemigo puede repetir tus fracasos.
Tu propia mente puede recordarte tus peores momentos.
Pero Jesús continúa llamándote por tu nombre.***

Cuando Bartimeo escuchó la voz del Señor, no negoció con su pasado. No se detuvo a recoger el manto que lo había definido por años. Simplemente lo dejó atrás y siguió a Jesús. Esa es la invitación extendida a todo discípulo. Llega un momento en el que debemos decidir qué voz nos definirá. ¿Continuaremos creyendo las etiquetas de ayer, o abrazaremos la identidad que Cristo habla sobre nuestras vidas hoy?

Que lleguemos a ser creyentes que vean a las personas como Jesús las ve. Que lleguemos a ser líderes que restauren en lugar de simplemente corregir. Que lleguemos a ser familias donde la gracia y la verdad vivan juntas. Y que nuestras iglesias lleguen a ser lugares donde los que llegan usando mantos de vergüenza salgan vestidos de la justicia de Cristo.

Porque en el Reino de Dios, la misericordia no tiene la última palabra porque las personas la merezcan. La misericordia tiene la última palabra porque Jesús la tiene. Y dondequiera que su misericordia es recibida, los mantos son dejados a un lado, las identidades son restauradas, y las vidas son transformadas para siempre.

CLOAKED

REFLEXIONA

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

 REFLEXIONA

¿Qué “manto” has estado usando que se ha convertido en parte de tu identidad? ¿Hay alguna etiqueta de tu pasado, como fracaso, temor, vergüenza, rechazo o arrepentimiento, que hayas permitido que te defina más que la Palabra de Dios? ¿Cómo se vería dejar ese manto y abrazar tu identidad en Cristo?

 REFLEXIONA

¿Cómo respondes normalmente cuando ves la debilidad o el fracaso de otra persona? ¿Tiendes a juzgar rápidamente, evitarlos, hablar de ellos, o buscar en oración su restauración? ¿Qué cambios prácticos puedes hacer esta semana para reflejar la misericordia de Jesús?

REFLEXIONA

El Pastor Tisdale nos recordó que la misericordia hace mejores preguntas. Piensa en alguien que ha sido difícil de amar. En lugar de preguntar “¿Qué está mal con esta persona?”, ¿qué preguntas diferentes podrías hacer que te ayuden a verla a través de los ojos de Cristo?

REFLEXIONA

¿Has aceptado la misericordia de Dios para tu propia vida? ¿Hay errores del pasado que sigues repasando, aunque Dios ya te haya perdonado? ¿Cómo desafía Romanos 8:1 la manera en que te ves a ti mismo?

REFLEXIONA

¿Quién ha sido un instrumento de la misericordia de Dios en tu vida? Reflexiona sobre alguien que eligió restaurarte, animarte o creer en ti durante una temporada difícil. ¿Cómo impactó su misericordia tu caminar con Dios, y cómo puedes convertirte en ese tipo de persona para alguien más?

 REFLEXIONA

Gálatas 6:1 enseña que las personas espirituales restauran a otros “con espíritu de mansedumbre.” ¿Por qué crees que la humildad es esencial para la restauración? ¿Cómo cambia el recordar tu propia necesidad de la gracia de Dios la manera en que ministras a otros?

 REFLEXIONA

Si Tampa Life Church llegara a ser conocida por una sola cosa después de esta lección, ¿qué esperarías que fuera? ¿Qué puedes hacer personalmente para ayudar a crear una cultura de iglesia donde la verdad se predique fielmente, la misericordia se extienda libremente, y las personas quebrantadas encuentren esperanza, sanidad y restauración a través de Jesucristo?
